

1856-57

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL SEÑOR DOCTOR

D. ATANASIO PEREZ CANTALAPIEDRA,

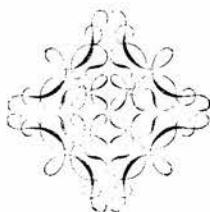
*Rector y Catedrático de la Universidad
de Valladolid,*

EN EL ACTO SOLEMNE

DE INAUGURAR SUS ESTUDIOS

PARA EL CURSO

DE 1856 Á 1857.



VALLADOLID:

IMPRENTA DE D. MANUEL APARICIO.

1856.

Alma. Señor.

¡Cuán bella y magestuosa reaparece en el santuario de la ciencia la solemnidad de este día! ¡Qué espectáculo tan sublime ante la razón filosófica y la razón cristiana se realiza en este momento en los Institutos y Universidades de la Nación!

Multitud de jóvenes de las familias más acomodadas del país, sin resentimientos que vengar, ni ambiciones que satisfacer, acaban de abandonar temporalmente el dulce asilo del hogar doméstico, los tiernos encantos de sus primeras ilusiones y los fieles amigos de la infancia, para presentarse en las aulas que frecuentaron sus mayores, con el objeto más grandioso y más digno de las inteligencias racionales y asociadas.

De todas direcciones y por todas las vías se dirigen al término de sus descos los jóvenes escolares, cuyo carácter alegre y festivo, irradiación de la pureza del alma, contrasta notablemente con el aspecto meditabundo del hombre de negocios, con el abatimiento de la víctima de la desgracia, y con la inquietud y sobresalto de la intranquila conciencia,

:

Ya han llegado, Señores profesores; y vienen á pedirlos en nombre de la patria y de la reina, que les mostreis la estrecha senda que conduce al templo de la sabiduría; el solitario rumbo, trazado por la religion y la virtud, que conduce á la inmortalidad. Hacedlo, pues, con la inteligencia y laborioso celo que reconoce en vosotros la conciencia pública, y el ilustrado Gobierno de S. M.; y prestareis pacíficamente, sin odios ni recriminaciones, y sin lágrimas ni sangre, importantes servicios al pais. De corazon expansivo y generoso, ávidos de saber y de virtud, y dominados por el noble sentimiento del amor de la gloria y de la patria, son los jóvenes estudiosos el consuelo del porvenir y el bálsamo bienhechor que ha de cicatrizar las profundas heridas abiertas por el genio de la discordia en las entrañas de la sociedad.

¡Qué placer tan delicioso! ¡Qué idea tan consoladora para los que hemos atravesado, arrastrados por el huracan de violentas pasiones, la mayor parte del reducido espacio de la vida!

Mas, ¡oh dolor!: ¡parece que estamos condenados á gustar siempre el acibar con la miel! Siento con la bella perspectiva del porvenir la mas grata complacencia; pero el doloroso recuerdo de lo pasado me llena de amargura el corazon. Nuestros caros alumnos, hoy plantas tiernas, árboles robustos y productivos mañana, forman parte de este noble auditorio. Vedles ahí..... ¿Y los eminentes teólogos, los célebres jurisconsultos, y los sábios médicos que un dia ocuparon dignísimamente esos bancos, dónde están? ¿Qué se ha hecho de los ilustrados profesores que dirigieron con ternura paternal los vacilantes pasos de mi juventud por el espinoso campo de la ciencia? ¿Qué ha sido del venerable anciano que ornó con mano trémula mi frente con el birrete doctoral?

¡Ay! desaparecieron en casi su totalidad de entre nosotros, como la hoja seca del árbol arrojada por el torbellino en la ar-

diente sima de un volcan.....! y sin embargo, ¿existen las cátedras donde enseñaron la ciencia y predicaron la virtud! ¿existe esa tribuna, mudo, pero elocuente testigo de su religiosidad, de sus talentos y de su saber! ¿existe ese altar bendito ante el cual se prosternaron con la humildad del filósofo cristiano, proclamando la limitacion de la humana inteligencia, y la sabiduría infinita de Dios.

¿Qué fenómeno es este, Señores profesores? ¿Será posible que la inerte materia sea de mejor condicion que el ser inteligente y moral? ¿Habrás negado al hombre el privilegio de la inmortalidad para ennoblecer con ella á la materia bruta? ¡Oh no! lejos de nosotros blasfemia tan impía. El hombre, imágen y semejanza de Dios, se eleva sobre todos los seres sublunares, no como el orangutan sobre el hipopotamo, ni como el altivo ciprés sobre el humilde arbusto, ni como se elevó la ciudad de los dos primeros Césares sobre los demas pueblos de la tierra; sino como la luz sobre las tinieblas, como la realidad sobre la nada, como la actividad inteligente y libre sobre la ciega y servil inercia.

Nuestros venerables predecesores desaparecieron, es verdad, de entre nosotros; pero todavia viven. Su deleznable organizacion ha recibido nuevas formas bajo la incesante accion de las leyes físicas: su esclarecida memoria se conserva religiosamente en nuestros corazones; y su espíritu inmortal subió á los cielos, donde habrán recibido de la bondad y misericordia de Dios el premio de sus muchos merecimientos.

Así sea, queridos compañeros; y entretanto resignémonos al rigor inflexible de la muerte, que así arrebatara al sábio como al ignorante, al poderoso como al débil, al sobervio magnate como al humilde proletario; y rogando á Dios por su eterna felicidad, procuremos imitar sus grandes virtudes; y fomentar, como ellos fomentaron con el estudio y la virtud, el amor de la sabiduría.

¡La sabiduría! ¡qué hermosa es la sabiduría! ¡Cuánto se engrandece el hombre que adquiere la sabiduría y la ciencia!

De esta sentencia bíblica, confirmada por la filosofía, se deduce que la ignorancia le hace por el contrario descender del elevado puesto en que le colocó la omnipotencia del Criador. El ignorante parece condenado, como si fuera el pária de la humanidad, á no presenciar el magnífico espectáculo de las maravillas del Eterno. Semejante al cándido salvaje que cambia pródigamente el oro por cuentas de vidrio, ó al niño que desprecia el diamante sin pulir para lanzarse con avidez sobre un fragmento de relumbrante porcelana, el ignorante no percibe en la naturaleza mas que la superficie de las cosas; y las modificaciones que recibe su espíritu, nunca salen del estrecho círculo de la sensibilidad.

Criado el hombre para ser el dueño y señor de la tierra, y de cuanto en ella vive y existe, se convierte en un verdadero esclavo desde que renuncia á la actividad de su espíritu, para recibir pura y pasivamente las impresiones de los objetos externos. Se deleita, es verdad, con la presencia material de los astros; goza al anunciar la aurora el festivo día del gran Bautista, con la hermosa perspectiva de la naturaleza, con las variadas flores y frondosos árboles que cubren la campiña, con el armonioso canto de las aves, y con la embalsamada brisa del oriente; así como le causan miedo la soledad y magestuoso silencio de la naturaleza en una noche oscura; le asustan las gigantescas sombras que se destacan de los objetos al presentarse la luna envuelta en densas nubes; le estremecen los ahullidos de las fieras; le aterra el rugido del huracan, y le anonada el imponente aparato de la tempestad que le sorprende en el bosque ó en la selva. Se modifica en fin agradable ó dolorosamente de mil diversos modos; pero los objetos que impresionan sus sentidos, no se presentan á su es-

píritu, sino como simples instrumentos de placer y de dolor, como individualidades aisladas sin relacion alguna con las leyes de la naturaleza, y que desaparecen de la memoria, como las fantásticas ilusiones de los ensueños.

Podrá suceder que impresionado vivamente por algun fenómeno, procure investigar su naturaleza, sus propiedades y sus causas; pero desprovista su inteligencia de los medios necesarios para conseguirlo, y desorientado por las relaciones mismas que percibe confusamente en el objeto, como quien se traslada súbitamente de la lobreguez de un calabozo á la presencia de un sol radiante, atribuirá acaso el fenómeno á una influencia sobrenatural para adorar como un Dios al agente visible que la produce, ó para sacrificarle con el hierro ó el fuego á la intolerante y necia supersticion.

El ignorante procede del mismo modo en el órden moral. Aprueba la virtud, y se subleva contra el crimen; porque la conciencia, que es la voz de Dios, nunca falta del santuario del alma ni abandona jamás, sino en determinadas circunstancias, á los grandes malvados, como el desventurado padre al hijo incorregible; pero las pasiones con sus variadas formas, las costumbres públicas y privadas, el espíritu de la época, la legislacion, los grados de cultura, los sistemas de instruccion pública, la religion, la forma de gobierno y los demas elementos de prosperidad y desventura social, son para el ignorante lo que en el órden físico los cuerpos y fenómenos materiales: hechos aislados sin resultados ulteriores, existencias infecundas, vivificadoras semillas lanzadas por el huracan á las abrasadas arenas del desierto; y si alguna vez le ocurre la idea de volver la vista atrás, y abre el libro de la historia, la suecesion de las generaciones y los hechos que han afectado á la humanidad en el órden físico, político, moral y religioso, entretienen al ignorante como las consejas á los niños, y pasan por

su imaginacion sin dejar huella alguna en las regiones de la inteligencia, como las aves que emigran de isla en isla sin tocar nunca en su tránsito á las aguas del oceano. El ignorante, en fin, vive humillado en el seno de su poder y de su fuerza; y podria decirse que es el árbol de la vida trasplantado del paraiso á los eternos hielos de los polos, ó el rey de la creacion que abdica su soberanía, y desciende del trono que le concedió la omnipotencia de Dios, para confundirse con los esclavos de la naturaleza, y prestar el juramento de obediencia pasiva á la tiránica dominacion de las sensaciones.

Pero si la ignorancia rebaja la dignidad del hombre, la sabiduría por el contrario le enaltece, y eleva su espíritu desde la humilde morada de los séres contingentes hasta las excelsas regiones de la divinidad.

Figuraos que un filósofo (tomando esta palabra en su primitiva significacion de amante de la sabiduría) se decide á recorrer el mundo con el fin de estudiar las leyes de la naturaleza en todos sus órdenes. Permitidme, Señores profesores, que yo siga sus pasos; que presencie sus observaciones; que escuche sus discursos; que sorprenda sus raptos de entusiasmo, sus vacilaciones, y la humillacion de su orgullo; y que os dé fielmente cuenta de estas y otras notables circunstancias de su científica expedicion. No se me oculta que este método no se halla autorizado por la costumbre en los actos académicos; pero me he propuesto, no obstante, seguirle; contando préviamente con vuestra indulgencia, para dar á las palabras que yo pronuncie, la fuerza y autoridad, que no pueden recibir de mis lábios.

Pues bien: convencido este filósofo de la excelencia de su ser, de la estension de sus fuerzas y de la prodigiosa actividad de su alma, acomete la colosal empresa que ha proyectado, emprende la marcha apoyado en el báculo del sábio, y nada le detiene en su magnífica escursion.

Una vez bajo la bóveda del cielo, comienza su estudio, ascendiendo con el auxilio de la ciencia á la region de los meteoros; saluda á los seres que giran en la inmensidad del espacio; desciende á los abismos de la tierra y á las profundidades del mar; sube á los mas escarpados montes; se traslada á las llanuras y á los valles, y baja de capa en capa, como de escalon en escalon, hasta las entrañas de la tierra. Dominado por el entusiasmo, recorre las imponentes montañas de hielo, iluminadas en larga noche por las auroras boreales; se traslada á las estériles llanuras abrasadas por el sol del ecuador; y cuando el volcan y la tempestad, el huracan y el terremoto que sobrecojen de terror á todos los seres sensibles, le sorprenden en el camino, sigue impávido su marcha como el genio de la religion; y dispuesto á sepultarse bajo las ruinas del mundo como el justo de Horacio, sube hasta el cráter mismo del volcan; se apróxima á la nube que lanza el trueno y el rayo; calcula, envuelto por el torbellino, la impetuosidad del viento, y determina al pie de la montaña que se desploma, las oscilaciones del globo.

Restablecida la calma, y fijando por algun tiempo su atencion en los destrozos causados por la furia de los elementos, se dirige al resto de sus *súbditos*, como les denomina el inspirado narrador de la creacion; y todos rinden vasallage á la actividad de su espíritu: las aves, los peces, las bestias, los reptiles y cuanto tiene sensibilidad y se mueve sobre la tierra; igualmente que los árboles y todas las demas plantas que llevan en su seno el germen de la reproduccion.

¡Cuán grandes son las maravillas del eterno! exclamó el filósofo despues de haber terminado su brillante escursion por el mundo material. *He experimentado, dijo, placeres inefables; pero me siento sumamente fatigado. Ha tostado mi rostro el sol ardiente de los desiertos ecuatoriales, entumecido mis miembros la bruma de los polos, debilitado mis*

ojos la blancura de la nieve, y deteriorado mi salud las exhalaciones de los pantanos. El impetuoso viento arrebató el modesto birrete que cubria mi desnuda cabeza; desaparecieron entre la maleza de los bosques grandes fragmentos de mi túnica; he perdido pedazo á pedazo mis sandalias; tengo lazerados los pies, y todos los miembros rendidos al cansancio; y sin embargo, á semejanza de la llama de un grande incendio que combatida por la violencia del huracan, se abate momentáneamente para levantarse mas imponente y vigorosa que nunca, mi espíritu ha adquirido con el trabajo y los padecimientos mayor fuerza y energía.

¡Oh! quisiera romper las travas que le ligan á esta deleznable organizacion para recorrer libremente la inmensidad del espacio; constituirse en las estrellas; posesionarse de los planetas y conversar con sus habitantes; acompañar á los cometas en su caprichoso curso, y posarse, como el espíritu de Dios sobre las aguas, en el ardiente foco del oceano solar. Quisiera verlo todo, escudriñar lo todo, comprenderlo todo; y subir hasta la morada misma del eterno para estudiar los raudales de gloria que reflejan de su trono, su omnipotencia, su ilimitada sabiduría, y la infinitud, en fin, de todas sus perfecciones.

Pero ¡ay! exclamó el filósofo con el dolorido acento de la impotencia; ¡soy un insensato! La union del alma con el cuerpo constituye la vida: la muerte son las puertas de la inmortalidad; y la vida y la muerte pertenecen por compietto á Dios. Sin embargo, continuó su improvisacion con cierta especie de noble orgullo: el hombre es la imágen de la divinidad en la tierra; y aunque su inteligencia es limitada, todavia puede arrancar importantes secretos á la naturaleza, y comprender muchas de sus leyes. Adelante: marchemos al seno de la sociedad humana, y estudiemos en

ella la obra predilecta de la creacion. Efectivamente: emprende el filósofo su marcha; entra en la morada del hombre; se detiene á los primeros pasos que dá; y parece que quiere retroceder. Se diria que habituado al aire libre de los campos, y á vivir en el incommensurable palacio de la naturaleza, le sofoca la impura atmósfera de la ciudad, ó que esta le parece una gran cárcel en la que aprisionan al hombre sus pasiones; pero desaparece instantáneamente su vacilacion; se siente como inspirado por la inteligencia suprema; y se dirige, radiante de entusiasmo, al centro de las aspiraciones y miserias humanas.

Ya no son los séres que se someten francamente al escarpelo de la inteligencia, los que va á examinar; sino al hombre inteligente, moral y asociado, síntesis de la naturaleza organizada, existencia esencialmente distinta de todas las demas en la universalidad de los séres criados, y abismo sin fondo en el que se eclipsa la antorcha de la razon. El filósofo lo comprende; pero alentado por el genio de la sabiduría como los apóstoles por el espíritu de Dios, llega á la sociedad; y observa de cerca al hombre de partido con su intolerante exclusivismo, con sus odios y venganzas y con sus injustas apreciaciones; al hipócrita egoísta que convierte en cuestion de orden, de libertad ó de religion, las mezquinas aspiraciones de su interés personal; al desatentado ambicioso que destruiría por su base el edificio social á trueque de mandar sobre sus ruinas; al traficante político, al agiotista, al concusionario, á los aduladores de oficio, á los traidores, y á todos, en fin, en sus debilidades y en sus locuras, en sus vicios y en sus crímenes.

Continuando el filósofo sus investigaciones, penetra en los suntuosos palacios de la antigua nobleza, y en la espléndida morada del moderno capitalista; asiste á los espectáculos públicos, á los centros de reunion de las clases acomodadas, y á las inocentes diversiones de las humildes del pueblo;

:

se presenta en las orgias del libertino, donde se refiere cínicamente la historia de la traición conyugal, la del pudor seducido y engañado, y las repugnantes escenas del inmundo lupanar; entra en las casas de juego, ruina de las familias y origen de grandes crímenes; investiga las causas que introducen el desorden en la sociedad doméstica; acompaña al pobre desvalido en su miserable alvergue; visita los asilos de maternidad, de niños expósitos y de los valientes inutilizados en defensa de la patria, y se constituye por último en los hospitales; donde la atmósfera que aspira, los lastimeros ayes que arranca el dolor á los pobres enfermos, la lúgubre voz del sacerdote que prodiga al moribundo los últimos consuelos de la religion, y las víctimas que arrebatada la muerte de hora en hora y de minuto en minuto, unidos al fatídico recuerdo de las escenas que habia presenciado anteriormente, contristan su corazón y abaten cruelmente su espíritu hasta el extremo de obligarle á esclamar: *¡Oh! la sociedad es una sentina de vicios y de crímenes, origen del mal, perenne foco de padecimientos físicos y morales, y el horrible anfiteatro de la muerte. Se me figura como al infortunado Lárra, que la ciudad es un vasto cementerio, y cada edificio un sepulcro. Opino, pues, como Rousseau: el hombre ha nacido para vivir aislado, como los seres ininteligentes, en las selvas y en los bosques: donde yo no vi mas que inocencia y candor, sosiego y libertad, vida, animacion y perfecta salud.*

Deliraba pues el filósofo bajo la influencia fascinadora de su desorientada imaginacion, funesta debilidad de algunos talentos privilegiados; pero al continuar sus investigaciones por el interior de las familias, por las aldeas, por los campos, por los talleres y demas centros sociales; al visitar los templos, los establecimientos de instruccion pública en todos sus ramos y dependencias, las oficinas del Estado, las vias de comunica-

cion, la marina y otros institutos de este género; y al estudiar los idiomas, las legislaciones, las formas religiosas, el espíritu de la época, y las mútuas relaciones de los pueblos, adquiere la profunda conviccion de que la sociedad, nunca perfecta porque se compone de inteligencias limitadas, sugetas al error y á la pasion, no es tan detestable, como lo han pretendido en sus febriles ensueños algunas imaginaciones extraviadas; y que si por desgracia existen hombres que sacrifican lo mas sagrado al ídolo predilecto de su egoismo, la cuasi totalidad de los asociados, funcionando en sus respectivas posiciones bajo la accion tutelar de los poderes públicos, mejoran constantemente su condicion personal, y hacen la felicidad comun á la manera que los astros constituyen la armonía del mundo material, moviéndose dentro de las órbitas que les trazó la mano omnipotente del Criador, bajo la influencia reguladora de sus respectivos centros.

Ha estudiado el filósofo los séres contingentes que han afectado sus sentidos en su científica expedicion; pero el poder de la inteligencia no se halla limitado por las existencias actuales, sino que alcanza á las que desaparecieron de la escena del mundo. Semejante al heraldo de la justicia de Dios en el dia terrible de la liquidacion universal de las buenas y malas acciones, la inteligencia convoca á juicio á todo lo pasado; y á su potente voz se reconstruyen las ciudades, se levantan los antiguos tronos, se reproducen los cataclismos, ábrense los sepuleros y se reaniman los cadáveres de los héroes y de los supuestos dioses: se presenta, en fin, como en un punto indivisible todo lo que fué, ante el severo tribunal de la razon; y con el auxilio de la religion y de la historia asiste á la creacion del mundo, á la caída del primer hombre y á su espulsion del paraiso; acompaña á los patriarcas en su vida pastoril y en su gobierno paternal; presencia la dispersion del género humano.

la fundacion de los pueblos y las variadas modificaciones del idioma primitivo, las grandes usurpaciones de la autoridad soberana, las guerras de nacion á nacion y las luchas fratricidas; y sigue paso á paso la marcha de la civilizacion, el progreso de las ciencias y las artes, el engrandecimiento y la ruina de las naciones, y sobre todo la visible intervencion de la providencia en los altos destinos de la humanidad; con lo que, y el estudio de si mismo, objeto predilecto de la sabiduría, dá el filósofo por terminadas sus observaciones sobre todos y cada uno de los séres sugetos al imperio de su razon natural.

Sin embargo, y á pesar de todos sus esfuerzos, ha sentido mucho y aprendido muy poco. Ha asistido, es verdad, al magnífico espectáculo de la naturaleza, y adquirido los gérmenes de todos los conocimientos; pero necesita fecundarles para que se produzca el arbol de la sabiduría; y se levante lozano y robusto sobre los cedros del Líbano y los cipreses del monte Sion, sobre las montañas de Armenia, sobre los astros del firmamento, sobre todos los séres criados.

Para conseguir tan grandioso objeto, se traslada, digámoslo asi, al mundo de los espíritus; se sustrae á las impresiones de los objetos externos; anula como Archimedes durante el asalto y horrisona matanza de Siracusa, la accion de los órganos corporales; concentra la del alma en el alma misma, y empieza la razon á egercer las augustas funciones de su divino ministerio. Convencida de su autoridad, interroga á la imaginacion y á la memoria; y estos poderosos auxiliares la presentan las imágenes de los objetos que ha visto, y las sensaciones y sentimientos que ha experimentado: apodérase de ellos con avidez; les examina alternadamente; les compara entre sí; despoja á los fenómenos de su envoltura material; prescinde de sus caracteres individuales, innecesarios ya para el procedimiento; analiza, compone, raciocina; y encuentra con grata admiracion las leyes

generales y permanentes de la naturaleza, que cumpliéndose armónicamente por medio de los individuos, instrumentos transitorios de la voluntad del eterno, forman el magestuoso código de las leyes divinas en el orden físico, intelectual y moral.

El conocimiento total ó parcial de estas leyes con el de sus deducciones legítimas, y el de las reglas que de ellas se derivan, y sus aplicaciones prácticas constituyen la sabiduría, las ciencias y las artes; inapreciables dones, emanados del cielo, que si las inteligencias individuales no pueden alcanzar en su limitada extension, la humanidad, dueña del pasado, del presente y del porvenir, puede abanzar mucho en su carrera, y acercarse de grada en grada por la grande escala de los conocimientos al celestial origen de toda luz, de toda ciencia, de toda verdad.

Desde el instante mismo en que se realiza tan portentoso fenómeno, el hombre inteligente y asociado adquiere la plenitud de la soberanía que delegó la omnipotencia del criador en los dos primeros representantes de la humanidad, cuando despues de haberlos formado á imágen y semejanza suya, y bendecido su existencia, les dirigió en presencia del Universo, que acababa de salir del caos y del seno de la nada, estas sublimes palabras: „Creced y multiplicaos por todo el ámbito de la » tierra: sugetadla á vuestro imperio, y dominad á los peces, á » las aves y á todos los séres vivientes que se mueven sobre la misma tierra..... igualmente que los árboles y demas plantas que en ella germinan.”

Y la voluntad del Señor se ha cumplido en parte, y se cumplirá en su totalidad con el trascurso del tiempo y con los eficaces auxilios de su adorable providencia, que vela incesantemente por el progreso intelectual de la humanidad. Fijad, sino, vuestra consideracion en los tiempos pasados, y comparadlos con los presentes. Los séres sensibles, destituidos de inteligencia racional, superiores por su naturaleza á los cuerpos

inorgánicos y á las plantas, son hoy lo que fueron en el día de su creacion; el tipo del estacionamiento absoluto, el de la obediencia pasiva, el del egoismo individual. La araña teje su tela, el ruiseñor construye su nido, y los animales todos preparan su vivienda y la cuna de sus hijuelos idénticamente lo mismo que cuando aparecieron por primera vez sobre la tierra; y hoy como entonces, obedecen ciegamente á los monótonos impulsos del misterioso instinto, y á las exclusivas exigencias de sus propias necesidades.

Pero el hombre á quien ha negado su noble origen alguna imaginacion soñolienta para hacerle descender del solitario habitante de los bosques de la zona tórrida del Asia y del Africa, condenado, como todos los brutos, á perpétuo estacionamiento, no ha dejado de perfeccionar sucesivamente su inteligencia, sino en determinados períodos en que plugo á la providencia divina contener por medio de una nueva civilizacion los espantosos progresos de la inmoralidad.

Despues de la victoria obtenida por el genio del mal contra nuestros primeros padres en el estadio de las pasiones, se diria que el mundo material se propuso vencerle tambien en el terreno de la fuerza. Las aguas, traspasando sus límites naturales, cayendo á torrentes de la atmósfera, y despeñándose de las montañas, se propusieron reconquistar su primera mansion; pero el hombre supo contenerlas, relegarlas á los abismos y obligarlas á cederle su dilatado imperio. La tierra, como si envidiara la excelencia de la naturaleza del hombre, se cubrió de abrojos y de plantas nocivas é infructíferas; pero él la despojó de su tosco y desaliñado ropaje; la obligó á cubrirse con matizadas flores y sazoados frutos, y á perfumarse con suavísimos aromas. La misma tierra, semejante al avaro que esconde en honda sima al ídolo de su corazon, guardaba cuidadosamente en su seno inmensos tesoros; pero el hombre

supo extraerles, purificarles, y destinarles, como á otros muchos objetos del reino vegetal y animal, á representar la riqueza, á alimentar el lujo y á satisfacer importantísimas necesidades.

Orgullosas las bestias con su fuerza y con los instintos de su ferocidad, declararon al hombre la guerra, y le incitaron á la pelea en el sagrado mismo de su habitacion; pero él supo domesticar á unas, esterminar á otras, amedrentar á las demas y obligar á todas á respetar sus soberanas prerrogativas. La tempestad, haciendo estremecer al mundo como la ira de Dios, se mecía orgullosa en las regiones atmosféricas, y desafiaba al poder del hombre desde su elevada mansion; pero él supo arrancarla el rayo con que amenazaba á la soberanía de la inteligencia, amarrarle, como al criminal, á una cadena, y convertirle en instrumento de salud, en agente material de sus obras y en instantáneo mensajero de sus ideas. El vapor, como si mirase con desprecio la vivienda del hombre, fijaba su asiento en la region de las nubes; pero él supo encarcelarle, abatir su orgullo, y obligarle á emplear su prodigiosa fuerza ora en modificar de mil diversos modos las primeras materias, ora en trasportar por la tierra y por los mares en un solo viaje y con la velocidad del águila que se lanza sobre su presa, las cosechas de una provincia, el ejército de una nacion y los materiales necesarios para construir una ciudad.

Abusando el viento de sus salvages impulsos, mataba la palabra para matar la idea, en el acto mismo de recibirla; y despues de haber encontrado el medio de darla consistencia, los agentes de la naturaleza material, estacionarios y egoistas, oponian obstáculos, al parecer insuperables, para su propagacion; pero él supo perpetuarla con caracteres indelebles; estenderla rápidamente por todas las regiones del globo, y trasmirla en toda su pureza á las mas remotas generaciones.

El hombre, en fin, ejerciendo la soberanía que le delegó

la omnipotencia del Criador, ha variado la faz del globo, desecando los pantanos, desmontando bosques inútiles, allanando los terrenos, oradando las montañas, construyendo puentes, y abriendo vías de comunicación en todas direcciones: ha mejorado las cualidades de las plantas y de los animales domésticos; enervado la acción mortífera de muchas de las causas de la destrucción de sus órganos, convertido el veneno en medicamento saludable y combatido la enfermedad en sus propios atrincheramientos: ha construido ciudades, suntuosos templos, soberbios alcázares, trajes magníficos, y mil y mil otros objetos necesarios para la vida, y de puro lujo, comodidad y placer: se ha habituado á vivir en todos los climas y en todas las estaciones; ha medido el tiempo y el movimiento de los astros; predice lo futuro, y ha conseguido por último victorias sobre victorias en la lucha que viene sosteniendo con el mundo material.

Y obtendrá muchas mas, añadió el filósofo, con el concurso de la providencia de Dios. Y podrá, andando el tiempo, caminar con certero rumbo por la atmósfera y por el fondo de los mares; y ¿quién sabe si llegará un día en que perciba clara y distintamente los objetos existentes, y los fenómenos que se realicen en la superficie de los astros! La misma sabiduría lo ha dicho. „Yo habité en las regiones mas elevadas del Universo, y coloqué mi trono sobre las nubes. „Circundé sin mas auxilio que el de mi poder, el ámbito anchuroso de los cielos; penetré en las profundidades del abismo, „y caminé por las ondas de los mares.”

¡Cuánto se engrandece el hombre que adquiere la sabiduría y la ciencia! exclamó el filósofo con el placer de la victoria; y dirigiendo rápidamente la vista por la superficie del globo, apostrofó al indiferentísimo científico como los profetas al extraviado pueblo de Israel.

Vosotros, dijo, que abandonais vuestra perfeccion intelectual para vivir en el ócio y en la molicie; para entregaros á los deleites sensuales; para agitaros en el torbellino de las pasiones políticas, y para ostentar vuestros honores, vuestras dignidades y riquezas: escuchad: ¿presumís encontrar la felicidad en la voluptuosa inercia del ócio y la molicie? Vivis lastimosamente engañados; porque producen, en vez de la dicha á que aspirais, el fastidio permanente del alma; origen del vicio y de sus funestas consecuencias. ¿Acaso en los deleites sensuales? Compadezco vuestro error; porque desaparecen instantáneamente, debilitan el espíritu, atormentan la conciencia, deterioran la salud y anticipan la muerte. ¿Por ventura en la agitacion de las pasiones políticas? ¡Deplorable extravío! Escitan la ambicion, despiertan el ódio y la venganza, roban el plácido sosiego de la vida, y exponen á sus adoradores á los envenenados tiros de la mordacidad y de la maledicencia. ¿En los honores y en las dignidades? ¡Vanidad humana! Nunca satisfacen la ambicion, se pierden fácilmente, restringen la independendencia individual, y dan ocasion á la envidia de las iguales y á la murmuracion de los inferiores. ¿En las riquezas? ¡Funesta ilusion! Se adquieren con laborioso afán, se conservan con ansiedad y solícitos cuidados, se pierden con dolor, é irritan la avaricia en vez de calmarla. Ya lo veis; vuestros placeres son la imágen engañosa de la felicidad, punzantes espinas ocultas bajo vistosas flores, y activo veneno servido en dorada copa; pero los goces de la inteligencia son puros, como la sustancia simple en que se engendran, reales y positivos como las dádivas del cielo, leales como la virtud, é inseparables compañeros del espíritu en la vejez como en la adolescencia, en la desgracia como en la prosperidad, en la en-

fermedad como en la salud, en esta vida transitoria como en la eterna mansion de los justos.

Al enunciar este pensamiento, circundaba las sienes del filósofo una aureola de gloria; pero á los pocos momentos se anubló su frente, apareció en sus mejillas el emblema del rubor, y exhaló un profundo suspiro. Parecia, pues, que su espíritu, tan expansivo y entusiasmado con los encantos de la ciencia, luchaba en vano como el moribundo atleta con su robusto adversario, con los arcanos misteriosos de alguna idea profunda; y así era en efecto; porque despues de haber gastado su actividad con inútiles y vigorosos esfuerzos, *¡soy cada vez mas insensato!* exclamó. *Se me habia henchido el corazon de inconsiderado orgullo, porque mi razon personal habia logrado comprender algunas leyes de la naturaleza física; y no habia advertido que esa misma razon que yo consideraba omnipotente, me ha enseñado muy poco ó nada acerca de la naturaleza de Dios y de sus atributos, del culto que se le debe prestar, y de las relaciones morales que tiene el hombre consigo mismo y con sus semejantes.*

Recuerdo, pues, que alentado con las victorias que habia obtenido del mundo material, y sin otro auxilio que el de mis propias fuerzas, pretendí en un momento de entusiasmo científico penetrar en el santuario de las verdades religiosas y morales; y caí sobre el polvo, deslumbrado por los torrentes de luz que brotaron del trono de la divinidad. Vencido, pero no humillado, redoblé mis esfuerzos; y recibí un nuevo descuaño: mi razon limitada se perdió en el insondable abismo de lo infinito, de lo eterno, y de lo incomensurable.

Y ahora bien: ¿qué misterio es este? se preguntó el filósofo, cruelmente convencido de su impotencia. *Veamos;* y procurando recordar las ideas que habia adquirido en su escursion por el

mundo físico; y recorriendo nuevamente las páginas de la historia, *es indudable*, añadió: *la razon humana no puede por sí sola comprender los misteriosos arcanos de la religion y la pureza de la moral.*

He viajado, dijo, por todos los puntos de la tierra; me he informado de la organizacion social de los pueblos antiguos de que tiene noticia la actual generacion; y en todos ellos encontré algun culto protegido por las leyes públicas, formas religiosas, templos, aras, sacerdotes y víctimas. Procuré estudiar estas religiones en su origen, en su naturaleza, en sus medios y en sus fines; y ahora recuerdo que me horroricé al contemplar los monstruosos errores en que habia incurrido la ciega humanidad sobre el punto mas importante, mas grandioso y mas digno de los séres inteligentes y morales. Cada pueblo, con rarísimas escepciones, rendía culto á un número ilimitado de divinidades; pero ¡qué horror! ¡parece increíble que llegára el hombre á tan repugnante estado de degradacion! Los cuerpos inorgánicos y las plantas, reptiles inmundos y animales estúpidos, séres humanos de uno y otro sexo manchados con el robo y el homicidio, con el incesto, el concubinato y el adulterio, con la prostitucion y la alevosía, y con otros crímenes no menos detestables, eran los dioses ante los cuales se prosternaban las inteligencias racionales criadas para la virtud y la inmortalidad.

¿Y qué diré del culto con que se pretendió honrarles, ora en los bosques, ora en las montañas, ó ya en suntuosos templos, maravilla del arte y depósito de deslumbradora riqueza? ¡Ah! me ruborizo al recordarlo! Liviandades vergonzosas, sacrificios bárbaros, parricidios abominables y cuanto la imaginacion puede concebir de estravagante y ridículo, de cruel y de impuro, eran los actos, las ceremo-

nias y los ritos con que la ciega razon humana creyó llenar cumplidamente sus deberes religiosos.

Prostituida la religion, era consiguiente que se adulterase tambien la pureza de la moral. Proclamóse por las leyes y por la conciencia pública la justicia de la esclavitud; y la mitad del género humano gimió en la opresion, amarrada como bestias feroces á las cadenas de la tiranía: se permitieron por las legislaciones de algunos pueblos las prostituciones y liviandades en los templos, y por otras el robo y el incesto, el asesinato de los padres agoviados bajo el peso de los años, y el de los hijos á quienes la naturaleza presentaba en la escena del mundo con alguna deformidad. El gobierno de la austera Esparta habia señalado en el Taygeto un abismo donde mandaba arrojar á estos infelices.

Afectado por tan espantosa subversion de los principios religiosos y morales, me ocurrió la consoladora idea de atribuirle á la ignorancia de los pueblos bárbaros; y me dirigí, lleno de esperanza, al centro de la civilizacion y de las ciencias; pero, ¡cruel desengaño! vi que los egipcios adoraban no solo á las bestias sino á las plantas que nacian en sus huertos; los cultos atenienses á ídolos de tan bellas formas como de estrvagante y oscena representacion; y los soberbios romanos á sus antiguas divinidades y á las que habian robado á las demas naciones: y como si no fuera bastante tanto envilecimiento, elevaron á la categoría de dioses, entre otros tiranos, á Calígula, Cláudio y Severo, monstruos de crueldad y de lascibia, y de insensatez y brutal despotismo. Asi se divinizaba el crimen en la primera ciudad del mundo; y entretanto el artista y el poeta, el médico y el jurisconsulto, la viuda honesta y la casta doncella, el defensor de su pátria y el hombre honrado, reducidos á esclavitud y á la condicion de objetos comercia-

bles por el orgulloso vencedor, eran sepultados, confundidos ambos sexos, en oscuras mazmorras, y obligados los unos á matarse para divertir al pueblo rey, y las otras á prostituirse entre el tumulto de las orgias y las canciones de Anacreonte á la embriaguez de los libertinos; al paso que se acordaba una guardia de honor, y se nombraba, ¡vergüenza! ¡vergüenza! sacerdote y cónsul al caballo del digno sucesor del infame Tiberio.

¿Es posible, me pregunté á mi mismo, que así se profanen la magestad y excelencia de Dios, la santidad de la moral y la dignidad del hombre? Solo la ignorante y ciega multitud, me contesté, ha podido incurrir en tan detestables errores, y sancionar con sus fanáticos instintos tan monstruosos actos de inmoralidad y de idolatría. Los sábios, añadió, habrán custodiado los sagrados fueros de la verdad y de la virtud en el arca santa de la ciencia; y dominado por este pensamiento, me dirigí á la cuna de la moderna civilización, busqué los escritos de los preceptores del género humano, y devoré, digámoslo así, su contenido; pero ¡ay! recibí otro desengaño no menos cruel que el anterior.

Epicuro admitía diferentes dioses en la naturaleza; mas les despojaba de los atributos de la divinidad; les suponía entregados á un reposo letárgico y á una felicidad voluptuosa; negaba que hubiesen intervenido en la formación del Universo; que cuidasen de su conservación; y que se ocupasen para nada de la suerte del hombre y de su ulterior destino. El mismo Epicuro, siguiendo á Aristipo, suprimía también la moral; proclamaba el egoísmo de los placeres; fijaba en ellos la suprema felicidad, y confundía por consiguiente la nobleza de las inteligencias racionales con los ciegos instintos de los brutos. Zenon, por el contrario, in-

vocaba la virtud como el único bien del hombre; pero la hacia consistir en una austeridad estravagante que calificaba con igual dureza la leve falta y los mayores crímenes, y en una insensibilidad glacial respecto del propio y ageno infortunio que sofocaba los sentimientos expansivos del corazon, y con ellos las mas bellas y generosas acciones; y al paso que se encomiaba cándidamente esta doctrina por algunos espíritus de rectas intenciones, como emanada del cielo, se predicaba con desenfrenado orgullo por los filósofos del Pórtico que su sabiduría era superior á la de Dios, y que el verdadero cínico no necesitaba de su auxilio para ser virtuoso. El gran Aristóteles declaraba condenados á verdadera esclavitud por la misma naturaleza á los estúpidos, á los ineptos y á los que no podian gobernarse por sí mismos; y Platon, el divino Platon suprimía con ciertas condiciones sociales la instutucion de la familia, y proclamaba el uso comun de las mugeres. Solo el bondadoso Sócrates no incurrió por un grande esfuerzo de su inteligencia en tales estravíos; y sin embargo, este ilustre mártir de la unidad de Dios dudó en los últimos momentos de la preciosa vida que le arrancó la tiránica supersticion de sus jueces, de la inmortalidad del alma humana; sin la cual no puede concebirse el heroismo de la virtud.

¿Y Roma? ¡Oh! Roma era la escuela práctica de las absurdas concepciones de los filósofos griegos; y los dos célebres Catones, cuyos nombres trasmitia á la posteridad como modelos de virtud, habian pagado tambien el deplorable tributo del error á la fragilidad de la inteligencia: el primero, especulador en sangre humana, traficante de esclavos, consideró á estos infelices en todos sentidos como un rebaño de viles animales, á quienes procuraba adornar de los conocimientos posibles, como quien domestica y enseña

á las fieras algunas habilidades, con el objeto impío de venderles despues á mayor precio; y el segundo sucumbió á la cobardía en nombre del valor, y se privó de una vida que pertenecía al ser supremo, y que hubiera podido ser muy útil á su pátria y á sus amigos. Todos los filósofos, en fin, ocupándose de cuanto podia ser objeto de conocimiento, prescindieron completamente en sus escritos y en sus cátedras de los derechos de la humanidad; cuya palabra no figura una sola vez en los anales científicos y literarios de la sábia Grecia.

¡Desgraciada humanidad.....! ¡cuán cruel y cuán ingrata ha sido contigo la ciencia!

El filósofo, dolorosamente afectado, interrumpió su narracion; y despues de algunos minutos de imponente silencio, *el error y la inmoralidad*, dijo con la conviccion mas profunda, *se han posesionado á su placer del espíritu humano; y es lo cierto que la inteligencia suprema que conserva y dirige con infinita sabiduría todos y cada uno de los séres existentes, no ha podido abandonar á la mas noble de sus criaturas, ni permitir que camine, como la nave sin piloto, por el oceano proceloso de la vida sin rumbo cierto y seguro en medio del órden admirable de la naturaleza. Criado el hombre para conocer la verdad y practicar la virtud, desea perpetuarse, aspira á la perfeccion y á la inmortalidad y tiene una tendencia irresistible á lo infinito; y no es posible que la bondad de Dios que le ha inspirado estos descos, le prive de los medios necesarios para satisfacerles.*

¿Pero cuáles son estos medios? ¿Por qué no me los manifiesta la razon natural? ¡Oh! ¡soy un imbecil! volvió á esclamar el filósofo. ¿Qué derecho tengo yo para reclamar un privilegio que no concedió la razon natural á los sábios

de la antigüedad? La presuncion y el orgullo me han alucinado hasta el extremo de inquirir lo que ya sabía: si: lo que ya sabía por la enseñanza doméstica y social, por las santas escrituras y la tradicion, y por la autoridad infalible de la iglesia católica.

Existe pues una religion revelada que comenzó en los primeros individuos del género humano; y que custodiada por los patriarcas, reanimada por Moisés y los profetas y perfeccionada por Jesucristo, Dios y hombre y Redentor del mundo, proclamaron y sellaron con su sangre los apóstoles, y se ha trasmitido con toda su pureza y esplendor hasta la generacion presente por una serie, nunca interrumpida, de romanos pontífices y de ministros del Eterno; una religion revelada en cuya augusta presencia enmudeció el error, se humilló el crimen y desapareció el absurdo politeísmo; una religion revelada que ilustró los espíritus, purificó los corazones, y llevó la civilizacion por todas las partes del globo al individuo, á la familia y á la sociedad; una religion revelada que proclamó los justos derechos de la humanidad, horriblemente conculcados por el egoismo y la tiranía; y una religion, en fin, de hermanos y hombres libres basada en el amor recíproco, sublime inspiracion de la divinidad, síntesis de todas las virtudes y sin el cual no puede realizarse ni aun concebirse la perfeccion del hombre ni la perfeccion y felicidad de las naciones.

¡Bendito sea Dios! Acatar los misterios de esta religion sacrosanta; cumplir con sus venerandos preceptos, y estudiar mucho para enriquecer mi inteligencia, ennoblecerme y euasi divinizarme, serán en lo sucesivo los objetos constantes de mis desvelos y aspiraciones durante mi peregrinacion sobre la tierra.

Tales fueron las últimas palabras que pronunció el filósofo; sobre las cuales me permitireis que haga con desaliñado estilo algunas reflexiones tan breves como me lo permita el deseo que tengo de no abusar de vuestra noble condescendencia.

El indiferentísimo religioso, el deísmo y la impiedad son los tres monstruos que turban la paz, y devoran la felicidad de las naciones.

Insensibles algunos espíritus al hermoso espectáculo de la naturaleza, á los variados fenómenos que se realizan en el santuario del alma, y á las acusaciones que se formulan por el invisible defensor de la virtud en el fondo de la conciencia, pasan la vida vejetando como las plantas, ó gastando su actividad en los placeres, ó promoviendo, sin reparar en los medios, sus intereses materiales; y encerrados en el círculo de hierro de su egoísmo, viven en la molicie, gozan, y se enriquecen sin elevarse jamás de la tierra al cielo, de los séres contingentes al ser increado y eterno, y de los bienes terrenales á los purísimos de la religion y la virtud.

Existen por el contrario algunos otros, que dedicados al estudio de la naturaleza, reducen el fenómeno que observan al estrecho círculo de la materialidad; comprenden las leyes físicas sin remontarse á su primitivo origen ni á la divinidad de su autor; y piensan y sienten sin apercibirse de la limitacion del principio inteligente y sensible; pero enorgullecidos con los conocimientos científicos y artísticos que han logrado adquirir, y no viendo nada fuera del fenómeno material, proclaman la omnipotencia de la razon; se declaran con insensato orgullo iguales á la divinidad, y repelen como innecesarias, y no pocas veces como imposibles, las manifestaciones directas ó indirectas del Criador del mundo.

La ignorancia y presuncion de algunos talentos superficia-

:

les, tan incapaces de penetrar en el fondo de las cosas, como dominados por el deseo de figurar en el estadio de las ciencias, se alistan en las banderas de los corifeos de la impiedad. Llámense así mismos espíritus fuertes; y se complacen, no en combatir porque no alcanza á tanto su casi nula inteligencia, sino en negar dogmáticamente lo que hay de más santo en el cielo y en la tierra; y si alguno les reprende por sus lastimosas aberraciones, quedan satisfechos con atribuir las universales creencias del género humano á ridículas preocupaciones y ensueños pueriles de imaginaciones asustadizas.

Esclavos del egoísmo, víctimas de las pasiones y manchados con crímenes, pretenden otros acallar la voz terrible que pide justicia al eterno desde el fondo de la conciencia; y para conseguirlo, se hacen la ilusión de creer que no hay Dios, ni leyes morales, ni tribunal alguno fuera de los límites de la vida que juzgue á los delincuentes. „Dixit impius in corde suo: non est Deus;” y alucinados por tan funesta ilusión, se engrienen y se ensoberbecen como los malos ángeles, sin advertir los insensatos que les asedian las enfermedades; que se marchita su salud como la flor herida por el granizo, y que desaparece su existencia como las sombras de la noche á la presencia del sol. „Vidi impium superexaltatum et elevatum cuasi cedrus libani: transibit, et ecce non erat.”

Es incuestionable en el estadio de la ciencia y de la religión, que el autor del universo ha dictado leyes á todos los seres existentes: leyes físicas á los que componen el mundo material, y leyes morales á los seres inteligentes y libres. Es igualmente cierto que la providencia divina conserva y dirige según su respectiva índole y naturaleza á todos y cada uno de los seres criados; y que el ejercicio de este poder constituye la soberanía suprema, única digna de este nombre que

existe en el universo; porque es la única esencial á la naturaleza del ser adorable en quien reside, y la única tambien infinitamente justa, benéfica, sábia, infalible y omnipotente.

El poder social que ejerce el hombre sobre el hombre, es un poder delegado y puramente ejecutivo: delegado porque se deriva de Dios; y ejecutivo porque las funciones de los encargados del gobierno de los pueblos se hallan limitadas y circunscritas á trasladar á sus códigos los principios eternos de la justicia y de la beneficencia con sus legítimas deducciones, consignados en el código eterno de las leyes divinas. El robo, el incendio y el asesinato, el perjurio y la traicion, la opresion y la anarquía, y cuantos atentados pueden cometerse contra la humanidad, en la propiedad, en el derecho y en la persona, son actos ilícitos y prohibidos desde la eternidad por la justicia de Dios; asi como son buenos y se hallan preceptuados del mismo modo y en igual forma, entre otros muchos, el culto religioso, el respeto á los derechos y á la dignidad del hombre, la obediencia á los poderes públicos y á las autoridades legítimamente constituidas, y las sagradas obligaciones que estos tienen de ser justos y benéficos para con sus súbditos, de gobernarles en paz y en justicia, y de promover sábiamente la felicidad comun, combinada con el bienestar de los particulares.

No examinaré si la soberanía delegada reside originariamente en el principio racional y social de la humanidad que representa el concurso de todas las inteligencias, la bondad de todas las virtudes, las aspiraciones de todos los intereses legítimos y la fuerza necesaria, propiamente suya, para hacerse obedecer; ó si por el contrario reside, tambien originariamente, ó solo por subdelegacion del principio inteligente y social en una fraccion de este mismo principio como la

representada por la fuerza, por la riqueza, por el saber, por una familia ó por una institucion. Este problema, aunque complicado en sus detalles, se resuelve fácilmente en el terreno de la ciencia, por mas que se haya desfigurado en el de la política, como acontece siempre que interviene la pasion ó el espíritu de partido en los certámenes políticos y religiosos.

Sin embargo, es lo cierto que el trascurso del tiempo, el asentimiento expreso ó tácito, los intereses creados y otras consideraciones no menos respetables legitiman los poderes existentes, y constituyen á los asociados en la imprescindible necesidad de respetarles por un deber de estricta justicia y de conveniencia general, á no ser que llegue el momento supremo *de haber de preferirse la obediencia de Dios á la de los hombres*, segun el precepto del apóstol, confirmado por la filosofía y por las infalibles inspiraciones de la conciencia universal; y aun en este caso no ha de ser la ambicion de un hombre ni la de un partido, ni la de una nacion estraña las que han de calificar la terrible necesidad de la revolucion, sino la voluntad general significada por todas las clases sociales, y auxiliada como lo ha sido no pocas veces por la divina providencia. ¡Oh! la historia ofrece al observador profundo repetidos egemplos de su soberana intervencion en los grandes conflictos de la humanidad; y sin embargo ciegos en su carrera de perdicion, no ven los tiranos la tempestad que ruge sobre sus cabezas, ni los pueblos la mano de hierro que ha de oprimirles por haberse hecho indignos de la libertad.

Pero prescindiendo de tan graves cuestiones; y declarando como declaro que al ocuparme de estos y otros puntos en la esfera de las abstracciones científicas, no es mi ánimo referirme á ningun individuo, país ni gobierno determinado, es evidente

que el hombre se halla directamente sujeto, como todos los seres criados, á la soberanía del autor del universo; y que la infracción de sus santas leyes produce la perturbacion de la armonía en el órden físico y moral. Los seres destituidos del principio inteligente y libre, cumplen fatalmente estas leyes. Los animales y las plantas viven, se reproducen y mueren; y los cuerpos todos funcionan en la gran máquina del mundo segun se lo ha ordenado y ordena constantemente su soberano artífice; y la vida y la muerte, la reproduccion y el movimiento reglado de todas y cada una de sus partes producen la belleza y el órden que admiramos en la naturaleza.

Pero suponed que el globo terraqueo retrocediese hasta uno de los polos del mundo y que suspendiese en él su movimiento; que el aire atmosférico, sustrayéndose á la ley de los graves, se trasladase á la region de los astros; y que estos, rebelándose contra el Criador, abandonasen sus órbitas y se lanzasen desordenadamente por la inmensidad del espacio. En el primer caso desaparecería la vida de la mayor parte de la tierra; en el segundo se posesionaría completamente de ella la muerte, y en el tercero se realizaría la destruccion del mundo antes del dia decretado por los inescrutables designios del eterno.

Dotado el hombre de inteligencia y libertad, puede infringir las leyes morales; pero su inobservancia produciría efectos análogos en el órden social. Suponed una nacion de ateos; ó que confesando sus individuos la existencia de Dios, negasen la accion de su providencia y la inmortalidad del alma; ó que admitiendo estos principios, se sustrajesen con indiferencia glacial á los sentimientos morales y religiosos, y al cumplimiento de las leyes eternas. ¿Cuál sería el resultado lógico y necesario de este estado de funesto indiferentismo ó de horrible

impiedad? ¡Ah! vosotros lo sabeis, ilustrados profesores, por las deducciones de la ciencia y por la enseñanza de la historia.

El egoismo y la pena social, únicas fuerzas atractivas y repulsivas del deber, que habrian sobrevivido á la moral y á la religion, se constituirían en un estado de lucha permanente y feroz. La victoria coronaria alternativamente los esfuerzos de las dos partes beligerantes; pero el egoismo mas vigilante y activo, mas hipócrita y artero, y con mas medios de hostilidad y de defensa que su rival, concluiría por vencerla y humillarla en todos los terrenos y en todas las situaciones; y los resultados de la victoria serian terribles.

¡Me estremezco al considerarlo! El gefe de la autoridad suprema, apoyado en la fuerza material, y no reconociendo superior en la tierra ni en el cielo, se constituiría como los Tiberios y Neronos en árbitro absoluto de la dignidad, de la honra, de la vida y de la hacienda de sus súbditos; el hombre de partido, ó colocado en las altas regiones del gobierno, que aspirase á la opulencia, y contase con la impunidad, se enriqueceria á costa de la sangre y del sudor de los pueblos; el ambicioso que pudiese burlar la accion de la justicia humana, pondria en guerra al hijo contra el padre y al hermano contra el hermano para asentar su dominacion sobre la sangre de sus incautas víctimas, y el incendiario y el asesino podrian no atreverse á declarar frente á frente y cara á cara la guerra á la sociedad; pero se aprovecharian de la oscuridad de la noche, de la soledad de los campos ó de cualquiera otra circunstancia favorable á sus designios, para aplicar el uno la tea de la destruccion á los edificios, á las mieses y á los montes, y clavar el otro su acerado puñal en el pecho de la víctima. El egoismo, en fin, pugnaría con la puna social en el santuario de las leyes, en el templo de la justicia, en las ofi-

cinas del Estado, en el comercio, en el seno de la familia y de la sociedad, y en todas partes para satisfacer impunemente sus interesadas aspiraciones hasta constituir á la sociedad en que esto se verificase, en un estado de completa inmoralidad, de intransigente despotismo y de horrible anarquía.

La sociedad entonces sentiría una inquietud y malestar, que no acertaría á esplicarse; se agitaría convulsivamente en su mismo seno, como el infeliz acosado por agudos padecimientos en el lecho del dolor; y poniéndose á disposicion del empirismo político, como el enfermo desahuciado por la ciencia en manos del curandero, encomendaría el remedio de sus males, hoy al prestigio, al carácter ó á la elevada influencia de alguna individualidad, mañana á un partido, despues á una fraccion, y luego á otra bandería; y no encontrando alivio á sus dolencias, aspiraría á un cambio radical en la forma de gobierno, ó á la ruina de una institucion secular, sin sospechar siquiera que era el cáncer de la inmoralidad quien devoraba sus entrañas.

No quiero decir con esto que las instituciones fundamentales de un pais y los hombres que dirijan sus destinos, no puedan influir mas ó menos en su prosperidad ó en su desgracia. Lo que proclamo en nombre de la ciencia y de los hechos es, que las mejores leyes y los hombres mas entendidos y probos aunque bajaran, si posible fuera, del cielo, á gobernar una nacion, no podrian hacer la felicidad de sus individuos si estos no reconocian otro móvil de sus acciones que el egoismo, ni otro correctivo contra la infraccion de los preceptos legales que la pena social; ó si se quiere el honor, cuerpo sin alma ante las lecciones de la historia, palabra sin sentido ante la moral y la religion ultrajada.

Si se me objetase que algunos pueblos han llegado con

estas condiciones al mas alto grado de esplendor y de gloria, les mostraría por toda respuesta el mortífero lago que sirve de losa sepulcral á los destrozados restos de dos ciudades malditas, y el pavoroso panteon construido por la providencia en la inmensidad del tiempo, donde reposan con el sueño de la eternidad las poderosas monarquías de Oriente, la sábia Grecia, la antigua soberbia Roma, y otros pueblos que olvidaron despues tan altos ejemplos de justicia y los saludables preceptos del cristianismo.

¡Quiera el cielo que el heroismo de Sagunto y Numancia, Gerona y Zaragoza; las glorias del nuevo mundo; los laureles de Gravelinas y Pavia, S. Quintin y Lepanto, Bailen y Vitoria; las inmarcesibles coronas de los mártires de la religion y de los sacrosantos fueros de la humanidad; los eminentes talentos y los bellos y sublimes genios de la pátria de Cervantes, no se confundan jamas en el seno de la nada con el polvo de aquellas grandezas!

Señores profesores: mucho podeis hacer desde vuestra modesta posicion para impedirlo. Cada página, cada línea del libro de las ciencias es un monumento de la omnipotencia y sabiduría de Dios, y un testimonio de sus eternas leyes. Aprovechad, pues, con noble celo la sabiduría de su santa providencia en beneficio de la juventud estudiosa. Combinar el elemento intelectual con el moral y religioso; ingertar, permitidme esta metáfora, en el árbol naciente de la sabiduría el precioso germen de la religion y de la virtud; hacer que fecunden armónicamente en los tiernos corazones de vuestros discípulos, y que se identifiquen con su existencia personal para que presidan despues, como por instinto, en todos los actos de la razon y de la conciencia, es la obra magnífica del profesorado, y el grandioso objeto de la enseñanza nacional.

Y vosotros, jóvenes escolares; prestad atención á mis palabras, como á las de un padre tierno y cariñoso. Ya que habeis elegido entre las diferentes carreras sociales, las del estudio de las ciencias, haceos dignos con vuestra aplicacion de los inapreciables beneficios del saber; tened entendido, que si existe en la naturaleza algun privilegio digno de este nombre, es indudablemente el de la ciencia: ella ennoblece el espíritu y suaviza los impulsos del corazon; se eleva por su propio mérito sobre las riquezas, sobre los honores y dignidades; sirve de luminoso faro en el agitado mar de la vida; infunde veneracion y respeto: ocupa un puesto de honor en el misterioso espectáculo de la naturaleza; cura las enfermedades del cuerpo y del alma; dirige la opinion pública, gobierna los estados y domina por fin al mundo; pero sabed que esta preciosa joya de la humanidad, galardón de los cielos, no se adquiere con el oro corruptor, ni con el favor del poderoso, ni con las dignidades y condecoraciones, ni con la intriga y la falsía—¡la providencia es justa!—sino con el trabajo intelectual, dirigido por la ciencia misma, y sostenido por la pureza del alma y una prudente abstraccion del ruido mundanal y de los pasatiempos sociales.

Pero la ciencia, tan noble, tan benéfica, y tan amiga como es de la humanidad, puede convertirse en un elemento de perturbacion y desventura si en vez de promover el bien, aconseja y dirige las torpes inspiraciones del egoismo. Recordad, jóvenes escolares, cuanto he dicho sobre este punto en el discurso que acabais de oír; y no olvideis nunca que existe sobre las grandezas de la tierra un poder soberano que ha dictado leyes á la humanidad, y vinculado en su observancia la felicidad de las naciones. Tened asimismo presente *que el temor de Dios es el principio de la sabiduría*; acatad sus incomprensibles mis-

:

terios; estudiad mucho para *ser mas sabidores, é por ende mas hourados*, como lo proclamó el rey filósofo desde el trono de Castilla; y cuando despues de terminadas vuestras carreras literarias, y aleccionados por la esperiencia, empuñeis el timon de la nave del Estado, y de la Iglesia en vuestras respectivas posiciones, sed justos y benéficos: respetad y haced que se respeten los poderes públicos, las autoridades legítimamente constituidas y los derechos de los particulares; proteged la religion católica sin perjuicio de las prerogativas que corresponden á la potestad temporal; apagad la tea de la discordia, cuyo siniestro resplandor nos obligó á suspender mas de una vez las lecciones de la ciencia; proclamad el amor recíproco, piedra angular del edificio religioso y político; y moralizad por último á la sociedad con la persuasion y el egeemplo para que todos y cada uno de sus individuos sin excepcion alguna, cumplan con sus respectivos deberes, *no solo por el temor de la pena, sino tambien por las santas inspiraciones de la conciencia*, como lo ha ordenado por medio del Apostol la infinita sabiduría de Dios.—HE DICHO.